

LOS CRISTIANOS DE LA FRONTERA.
FACETAS DE LA COLONIZACIÓN DEL CHACO BOLIVIANO
(1843-1910)

Isabelle Combès

Instituto Francés de Estudios Andinos
(UMIFRE 17 MAEDI / CNRS USR 3337 - América Latina)
Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas (CIHA),
Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.
kunhati@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-0620-8913>

En la segunda mitad del siglo XIX, la ausencia de una presencia estatal efectiva en el Chaco boliviano propició el surgimiento de poderes locales —colonos criollos, misioneros franciscanos— que compitieron ferozmente entre sí para conquistar, colonizar y «civilizar» a los indígenas. A través de las trayectorias emblemáticas de cuatro colonos del frente pionero chaqueño, el artículo quiere ilustrar las relaciones ambiguas y cambiantes que mantuvieron los diversos agentes de la colonización entre ellos y, en menor medida, con los indígenas.

PALABRAS CLAVE: Chaco boliviano - criollos - franciscanos - colonización.

**FRONTIER CHRISTIANS. FEATURES OF THE COLONIZATION OF THE BOLIVIAN CHACO
(191843-1910)**

The absence of an effective State presence in the Bolivian Chaco during the second half of 19th century led to the emergence of local powers —mainly Créole settlers and Franciscan missionaries— who competed fiercely with each other to conquer, colonize and «civilize» the indigenous peoples. Through the emblematic trajectories of four settlers in the Chaco pioneer front, the paper aims to illustrate the ambiguous and changing relationships maintained by the multiple agents of colonization among themselves and, to a lesser extent, with the indigenous peoples.

KEYWORDS: Bolivian Chaco - Créoles - Franciscans - Colonisation.

[Recibido: 10/04/2021; Aceptado: 03/09/2021]

En ausencia de una presencia estatal efectiva, a partir de su conquista a mediados del siglo XIX, el Chaco boliviano fue una tierra de nadie donde compitieron e interactuaron actores locales tan diferentes como misioneros franciscanos, soldados y colonos criollos, todos en busca de la «reducción» y la «civilización» de los diversos grupos indígenas de la región. Esta temática ha dado lugar a sendos estudios enfocados en las perspectivas ya sea franciscana, ya sea indígenas.¹ Menos conocido es el papel desempeñado por los colonos criollos en este proceso y, en particular, las ambiguas y cambiantes relaciones que sostuvieron con otros agentes de la colonización como los misioneros. Pretendo examinar aquí este juego de relaciones a través de la trayectoria de cuatro colonos de la época, previa presentación de la «frontera chaqueña» y de los actores de su conquista. Las historias de Cornelio Ríos y Martín Barroso ilustran una primera etapa de conquista en la que la competencia entre colonos y frailes se ve opacada por la urgencia de combatir a los indígenas. Tras una estrepitosa derrota chiriguana en 1874, que permite pasar a la fase de colonización propiamente dicha, el antagonismo entre criollos y misioneros sale a la luz, dejando paso a una hostilidad abierta y una lucha legal de las que los recorridos de Manuel Mariano Gómez y Salustio Lema son representativos.

El Estado ausente

Durante toda la época colonial, la fiera resistencia de los indígenas chiriguanos o guaraníes del piedemonte andino opuso una infranqueable barrera al paso de los españoles de Charcas hacia los llanos del Chaco al Este. La llamada «Cordillera chiriguana» recién se abrió a la conquista y la colonización en el período republicano. El punto de quiebre fue el gobierno de José Ballivián que, a partir de 1841, propugnó decididamente la exploración, conquista y colonización de las tierras bajas del país.² En 1844 y 1845, dos expediciones fluviales exploraron el río Pilcomayo, penetrando Chaco adentro. No lograron avanzar mucho, pero sus tentativas tuvieron consecuencias duraderas en cuanto a la colonización de la región: pequeños y grandes ganaderos empezaron a instalarse; la resistencia chiriguana fue menguando, dejando al descubierto los indígenas del Pilcomayo hasta entonces muy poco conocidos; la colonia militar de Caiza, fundada en 1843, se erigió en punta de lanza de la conquista del Chaco. El propio Ballivián emitió decretos para fomentar la ocupación de la región: «Todos los colonos que se establecían estaban

1. Langler, Erick, *Expecting Pears from an Elm Tree. Franciscan Missions on the Chiriguano Frontier in the Heart of South America, 1830-1949*, Durham, Duke University Press, 2009. Saignes, Thierry, *Ava y Karai. Ensayos sobre la historia chiriguano (siglos XVI-XX)*, La Paz, HISBOL, 1990. Pifarré, Francisco, *Los Guaraní-Chiriguanos 2. Historia de un pueblo*, La Paz, CIPCA, 1989. Combès, Isabelle, *Hijos del Pilcomayo. Los últimos tobas de Bolivia*, Cochabamba, Itinerarios, 2019. Entre otros.

2. Groff Grever, Janet, *José Ballivián y el oriente boliviano*, La Paz, Siglo Ltda, 1987. García Jordán, Pilar, *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, Lima, IFEA/IEP, 2001.

no sólo exentos del servicio militar, sino además del pago de los diezmos y de las primicias».³

Sin embargo, pese a estos inicios prometedores para el gobierno nacional, las iniciativas gubernamentales dirigidas a la conquista y colonización del Chaco fueron pocas, esporádicas, y generalmente fracasadas: en todo el siglo XIX, el Estado boliviano brilló por su ausencia en la región. Cuarenta años después de su fundación, Caiza no había logrado avanzar un palmo en la conquista del Chaco y los pocos fortines militares que debían contener los asaltos indígenas eran deficientes, librados a su suerte.⁴ El de Bella Esperanza, fundado en 1863 a orillas del Pilcomayo, estaba en manos de un puñado de soldados mal pagados y peor alimentados. A falta de recibir atención de sus superiores, «muy pronto se vieron obligados a llevar una vida de salvajes».⁵ Menos de cuatro años después de la inauguración del fortín, los soldados se amotinaron y encontraron refugio entre los indígenas del Pilcomayo.⁶ Más tarde, en la colonia militar Crevaux establecida en 1883, la situación no había cambiado: el sueldo de los soldados no llegaba, no recibían ni ropa, ni víveres ni medicamentos.⁷ En consecuencia, estaban «en el mismo estado de desnudez que los salvajes».⁸ Las exploraciones auspiciadas por el gobierno para descubrir un camino hacia el Paraguay no corrieron mejor suerte. Ya fuese por los obstáculos naturales o por la resistencia indígena, casi todas tuvieron que dar media vuelta mucho antes de llegar a destino; una sola logró alcanzar Asunción (la de Daniel Campos en 1883), pero sin consecuencias notables: «El resultado de esta campaña no fue otro que el de mostrar que hubieron quienes pudieran cruzar el territorio desierto entonces en cinco grados geográficos, sin que la civilización dejara ninguna semilla que fructifique en aquellas estepas».⁹

De esta manera, «dada la debilidad del Estado nacional boliviano durante gran parte del siglo XIX, es esencial enfocar el nivel local para entender la frontera».¹⁰ Los verdaderos protagonistas de la conquista y colonización del Chaco fueron agentes privados o cuyo vínculo con el Estado era, como veremos, bastante laxo: los misioneros franciscanos

3. Weddell, Hugues A., *Viaje en el sur de Bolivia (1845-1846)* [1851], Santa Cruz, El País/CIHA, 2018, p. 174.

4. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural, etnografía, geografía, lingüística del Chaco boliviano* [1898], Tarija, FIS/Centro Eclesial de Documentación, 1996, p. 176. Corrado, Alejandro, «Continuación de la historia del Colegio Franciscano de Tarija», en Comajuncosa, Antonio y Alejandro Corrado (eds.), *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio*, Quaracchi, Colegio de San Buenaventura, 1884, pp. 399-400.

5. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit., p. 182.

6. Corrado, Alejandro, «Continuación...», cit., pp. 433-434.

7. Archivo Histórico de Tarija (AHT), 3/64, ff. 67v, 72, cartas del prefecto de Tarija al ministro del Interior, Tarija, 21/02/1884 y 6/03/1884.

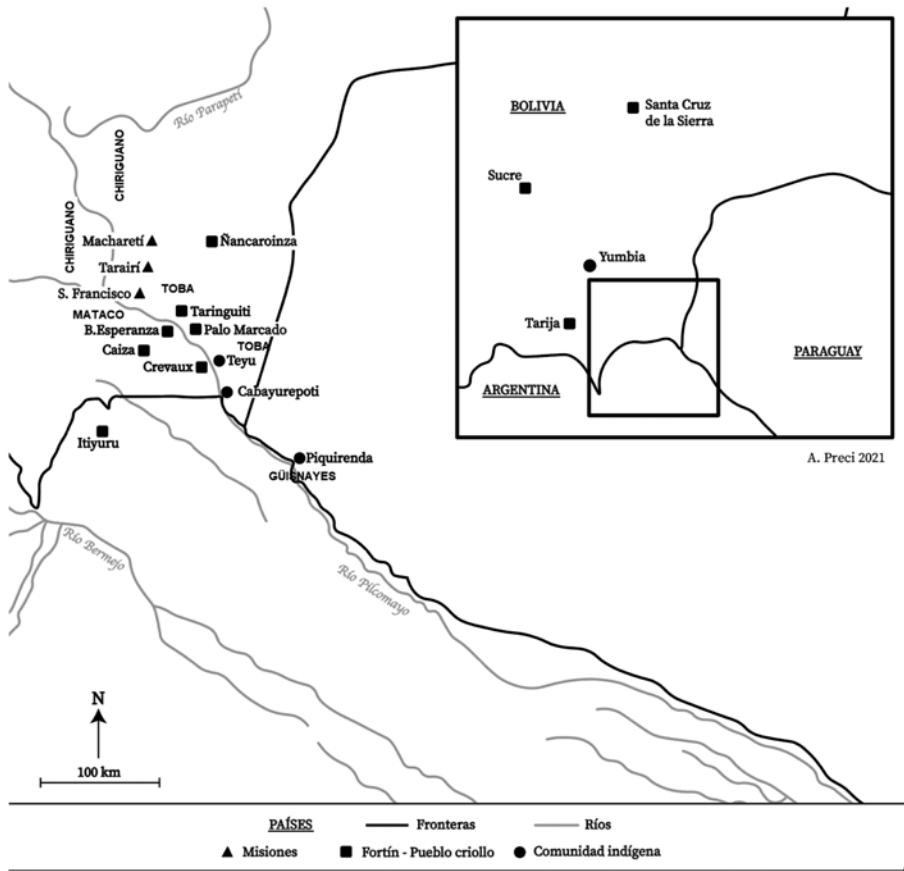
8. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB), Ministerio del Interior (MI), 274/82, f. 92v, carta de Miguel Estenssoro, jefe superior de Colonias, al prefecto de Tarija, Crevaux, 23/07/1893.

9. Trigo, Leocadio, «El alto Pilcomayo. Informe oficial sobre las exploraciones bolivianas [1905]», en Combès, Isabelle, *El Delegado y sus caciques. Leocadio Trigo en el Chaco boliviano (1904-1909)*, Cochabamba, Itinerarios, 2019a, p. 55.

10. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit., p. 24.

de los Colegios de Tarija y Potosí, y los grandes y pequeños hacendados criollos, dedicados fundamentalmente a la ganadería). Los franciscanos lograron reducir a miles de indígenas chiriguanos, tobas y maticos en las misiones; la invasión de los cultivos indígenas por el ganado criollo llegó a tal punto que un contemporáneo podía afirmar que «en lugar de colonizar la frontera con hombres, se ha colonizado con vacas».¹¹

MAPA 1. Ubicación de los principales lugares mencionados.



FUENTE: Realización Alberto Preci.¹²

11. Martarelli, Angélico y Bernardino de Nino, *El Colegio franciscano de Potosí y sus misiones en el Chaco. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio* [1918], Cochabamba, Kipus, 2006, p. 156. Es lo que Branislava Susnik llamó el «conflicto maíz/vaca», considerándolo como el mayor factor de pérdida del territorio chiriguano (*Chiriguanos I. Dimensiones etnosociales*, Asunción, Museo etnográfico Andrés Barbero, 1968).

12. Las fronteras internacionales son las actuales. El sitio de Yumbia, más alejado de la frontera, está indicado en el mapa en recuadro.

Por cierto, la labor de los misioneros era auspiciada por el Estado a quien debían rendir cuentas e informes. También es cierto que existían, en los pocos centros poblados por «blancos» como Caiza o Yacuiba, corregidores, alcaldes parroquiales e incluso subprefectos, es decir representantes del Estado. Sin embargo, a falta de otra opción, estos cargos eran asumidos por los propios colonos, más interesados en sus propias haciendas que en cumplir las instrucciones de un gobierno demasiado lejano; llegaron en ocasiones a conformar verdaderas «republicuetas» fuera de la estructura estatal.¹³ En 1906 todavía, un desencantado franciscano podía escribir: «en estos mundos fronterizos, cada cual es un rey que no conoce ni reconoce ley ni legalidad».¹⁴ Pero los frailes también ostentaban una marcada independencia. En las misiones sólo mandaba el padre conversor. En 1883 el explorador Daniel Campos (acérrimo anticlerical por cierto) no dudaba en afirmar que las misiones representaban de hecho «una soberanía adentro de la soberanía boliviana».¹⁵ La misma ausencia del Estado propició el empoderamiento de cada sector del frente de colonización. La situación sólo se revirtió a inicios del siglo XX cuando, para afirmar su soberanía en contra de las pretensiones argentinas y, sobre todo, paraguayas, el Estado boliviano creó en 1905 la Delegación del Gran Chaco, secularizó misiones y empezó a establecer una serie de fortines Pilcomayo abajo. Con un Estado ahora más presente y misiones cada vez más débiles, otra etapa comenzaba, con nuevos actores.

Cristianos versus cristianos

En esta tierra de nadie, teatro de una interminable guerra de conquista, la impresión más inmediata, más evidente, más arraigada también en las mentalidades de la época, es la de dos bloques opuestos: indios y blancos, conquistados y conquistadores. El lenguaje de la época refleja esta representación: para los franciscanos, los criollos de Caiza eran «los cristianos de Caiza», «cristiano-mestizos» y los indígenas insumisos eran «enemigos de los cristianos»;¹⁶ para colonos como Manuel Gómez, los tobas eran «enemigos de la cristiandad», etc.¹⁷ Ningún indígena convertido, incluso bautizado, es llamado cristiano en las fuentes de la época. Son neófitos, catecúmenos, «indios misioneros» a lo sumo. «Cristiano» tenía ante todo un valor étnico que definía a la sociedad criolla o «blanca» en bloque, y reforzaba la imagen de la «frontera chaqueña» como límite que separaba al

13. Un ejemplo cabal de esta situación es el caso de la «republicueta» criolla del Isono en la provincia Cordillera (Combès, Isabelle, *Etno-historias del Isono. Chané y chiriguano en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX)*, La Paz, IFEA/PIEB, 2005, pp. 174-181). Pero se repite en todo el Chaco boliviano en esta época.

14. Archivo Franciscano de Tarija (AFT), 2-64, carta del P. Ficosecco al Prefecto de misiones, Machareti, 15/02/1906.

15. Campos, Daniel, *De Tarija a la Asunción. Expedición boliviana de 1883*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1888, p. 285.

16. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit.

17. Langer, Erick, *Economic change and rural resistance in Southern Bolivia 1880-1930*, California, Stanford University Press, 1989, p. 134.

mundo criollo, «civilizado», cristiano e integrado a la nación boliviana, de los «salvajes» por conquistar.¹⁸

Misioneros y criollos compartían de hecho la misma agenda colonizadora y a menudo obraban juntos. En las primeras décadas de la conquista, muchos colonos se beneficiaron de la *pax* franciscana que les permitió establecerse en parajes antaño hostiles.¹⁹ Por el contrario, en 1863, la misión de San Antonio pudo fundarse gracias a la protección brindada por el fortín de Bella Esperanza. De la misma manera, en caso de rebeliones indígenas, los misioneros enviaban neófitos armados para apoyar el bando criollo contra los rebeldes.²⁰

Sin embargo, también fueron muchos los aspectos que los oponían diametralmente. Los misioneros reprochaban a los criollos de explotar sin piedad la mano de obra indígena y provocar sangrientas rebeliones por sus malos tratos. De hecho, cuando los indígenas solicitaban la fundación de una misión, el motivo era casi siempre el mismo: «librarse de la extorsión, torpezas, escándalos y malos tratos de los mestizos sus señores».²¹ A su vez, los colonos reclamaban las tierras acaparadas por las misiones y la mano de obra neófita a la que no podían acceder. Para decirlo en términos de Campos: «Existía una funesta colisión de intereses entre los padres conversores y los propietarios de fincas de aquellos centros de población. Ambos se disputan los brazos trabajadores».²²

La influencia de la cual gozaban los franciscanos Chaco adentro, gracias al intermediario de sus neófitos, también exasperaba a los colonos. Así por ejemplo, cuando los indígenas robaban ganado, los frailes actuaban de intermediarios para rescatar a los animales, y los colonos tenían que pagarles por este servicio: «esto hace que los misioneros tengan muchos enemigos».²³ De esta manera, algunos criollos no dudaron en emplear métodos poco ortodoxos para hacerse con indios y tierras; en los años 1870, en la misión de San Francisco, varios colonos alentaron el descontento indígena: los hacendados vecinos, «ávidos de brazos, interesaban en que nuestros tobas se aquerenciasen en donde más

18. Este juego de etiquetas clasificando el mundo fronterizo entre «bárbaros» o «salvajes» y «civilizados» fue analizado en otros contextos bolivianos (Amazonía y Guarayos) respectivamente por Lorena Córdoba («Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero boliviano», *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 101, n.º 2, París, 2015, pp. 173-202) y Pilar García Jordán (*Relatos del proyecto civilizatorio en Guarayos*, La Paz, IFEA/Plural, 2019).

19. Es el caso por ejemplo de la poderosa familia Castillo, que consiguió tierras en Macharetí y luego en Cuevo por haber ayudado a la fundación de las misiones; las mujeres de la familia fueron empleadas como maestras en las misiones y en 1892 recibieron una media legua cuadrada cada una en retribución de sus servicios (Chavarría, Melchor, *Informe que presenta al Señor Ministro de Gobierno, el Delegado en las provincias de Tomina, Azero y Cordillera*, Sucre, tip. del Cruzado, 1892, p. 35. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit., pp. 215, 222-225).

20. Fue el caso en particular en la guerra de 1874 que examinaremos más adelante, y en la de Kuruyuki en 1892 (Combès, Isabelle, *Kuruyuki*, Cochabamba, Itinerarios, 2014).

21. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit., p. 226.

22. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., pp. 273-274.

23. Thouar, Arthur, *A través del Gran Chaco, 1883-1887* [1891], La Paz/Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1997, p. 400.

fácilmente pudiesen utilizarlos».²⁴ Empujaron al caudillo toba Cuserai a la rebelión, entregándole armas e incluso varios títulos de cacique.

Los estudios dedicados a las fronteras hispano-indígenas o criollo-indígenas, que se multiplicaron en las últimas décadas, lo han demostrado hasta la saciedad en casos, contextos y épocas diferentes: lejos de constituir límites rígidos e impermeables, los espacios de frontera son zonas de circulación, de transición, intercambios y mestizaje.²⁵ Como corolario, tampoco pueden ser pensados en términos binarios, en blanco y negro, y hacen mucho más que oponer dos bandos. Existen en general diferentes grupos étnicos que viven en una misma región y, además de sus relaciones más o menos tensas con los colonizadores «blancos», mantienen entre sí contactos que varían entre la guerra, la alianza, o el trueque; en el Chaco boliviano los chiriguano, por su misma organización política, no reaccionaban de la misma manera que los indígenas del Pilcomayo.²⁶ «Los indios» no formaban un bloque homogéneo, y debajo de esta etiqueta afloraban sociedades diferentes, historias internas divergentes a menudo poco conocidas y que iban más allá de la simple resistencia a la colonización. De la misma manera, y pese al lenguaje que los reagrupaba a todos como «cristianos», pese a tener una agenda compartida, es evidente que franciscanos y criollos no formaban tampoco un bloque colonizador unido y homogéneo. Las relaciones entre ellos no son estáticas: fueron cambiando a lo largo del tiempo, a medida del avance de la frontera y de la colonización. Como mostró Erick Langer, existió un «ciclo de vida» de las misiones franciscanas, entre su inicio a mediados del siglo XIX, su apogeo y su lento declive a partir de finales del siglo.²⁷ De la misma manera, propongo considerar aquí un ciclo de vida de la frontera, que moldeó y fue moldeado por las interacciones entre los diversos bandos. En una primera etapa (c. 1843-1874), colonos y frailes se necesitaron mutuamente para lograr la conquista de la zona, y esta necesidad solapó las rivalidades que existían entre ellos. Después de la derrota chiriguana de 1874, con la conquista asegurada, su antagonismo salió a plena luz. Así, las relaciones de los colonos con los franciscanos oscilaron entre la colaboración forzada, la competencia solapada (o no tanto), la utilización de los propios indígenas para lograr sus fines y las argucias legales. Son estas cuatro facetas las que ilustran las cuatro trayectorias criollas que examinaremos a continuación.

24. Corrado, Alejandro, «Continuación...», *cit.*, p. 471.

25. Ver, entre otros, White, Richard, *The Middle Ground. Indians, Empires and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991. Salomon, Frank y Stuart Schwartz (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas t. 3*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. Mandrini, Raúl y Carlos Paz (comps.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVI-XIX*, Tandil, CEHiR-UNS-IEHS, 2003. Combès, Isabelle, «¿Indios y Blancos? Hacer (etno)historia en las tierras bajas de Bolivia», *Boletín Americanista*, n.º 60, Barcelona, 2010, pp. 15-32.

26. Remito al respecto a Combès, Isabelle, *Hijos del Pilcomayo...*, *cit.*

27. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, *cit.*

El comandante mal cristiano: Cornelio Ríos

Cornelio Ríos aparece en las fuentes en los inicios de la conquista del Chaco, a mediados del siglo XIX. En 1846 era comandante militar de la frontera, y sus relaciones eran todo menos cordiales con los indígenas. Weddell señala por ejemplo que el militar solía hacer redadas entre los chiriguano y cautivar sus mujeres por cuenta del prefecto de Tarija, que «las necesitaba como esclavas».²⁸ En los años siguientes, Cornelio seguía en el ejército, como jefe de fortines.²⁹ Pero Ríos también era un ganadero de Caiza. Sus intereses como colono prevalecían por encima de los del Estado al que servía como militar, lo que apareció en plena luz en 1854 cuando los franciscanos lograron fundar la misión de Tarairí entre los chiriguano. La decisión de los indígenas de aceptar la misión católica suscitó una férrea oposición de sus compatriotas «salvajes», que asaltaron dos veces Tarairí en octubre de 1854 y febrero de 1855.³⁰ Sin embargo, los frailes agregaron un elemento más a la furia indígena: «un mal cristiano, que gozaba de una ominosa influencia en todos los indios de estas fronteras», habría incentivado a los indígenas vecinos para destruir Tarairí.³¹ Una averiguación hecha por el Padre Gianelli, conversor de la misión, demuestra sin lugar a dudas que el pérfido cristiano en cuestión no era otro que el comandante Ríos. De hecho, Gianelli hizo comparecer a los jefes («capitanes») de Tarairí y les interrogó «sobre qué era lo que saben acerca de las incitaciones que el Sr. Don Cornelio Ríos dio al capitán Bayandari de esta misión».³² Todos contaron la misma historia: Bayandari salió de la misión y encontró a Ríos. Al volver, convocó a sus colegas capitanes para decirles: «Don Cornelio Ríos me ha dicho que nos juntemos todos y botemos al Padre, que mientras desaparecía él vendrá a sacarse las armas que tiene en el fuerte»; que Cornelio, contrariamente al padre, «sabe regalar muchos artículos a los indios», e incluso indemnizará a las familias de los eventuales muertos. Por suerte para Gianelli, los demás jefes chiriguano de Tarairí no aceptaron la oferta y sólo los indígenas «infeles» atacaron, siendo rechazados por los neófitos.

Los antecedentes de Ríos lo hacen poco sospechoso de preocuparse por el bienestar de los indígenas: con toda evidencia, su meta eran las tierras adjudicadas a la misión y/o la mano de obra indígena.³³ Regalos y promesas mediante, el criollo pensaba utilizar su influencia para lograr sus fines. Tampoco significa que, sin su intervención, nadie hubiese atacado la misión: los chiriguano «salvajes» de los alrededores sabían que, cayendo esta plaza fuerte, ellos eran los próximos en la mira de los misioneros. No podemos entonces hablar de simple manipulación por parte de Cornelio Ríos, sino más bien de una ayuda inesperada que recibieron los opositores a la misión.

28. Weddell, Hugues A, *Viaje...*, cit., p. 281.

29. ABNB, MI, 217/57, ff. 70, 72v, «Partidas pagadas [...] por el Tesoro de Tarija», Tarija, 1883.

30. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit., p. 200. AFT, 2-910, «Relación del estreno de la nueva misión de Tarairí», Tarairí, 10 de septiembre de 1855.

31. Corrado, Alejandro, «Continuación...», cit., pp. 378-379. AFT, 2-910, «Relación del estreno...», cit.

32. AFT, 1-2297, Declaraciones recogidas por el P. Gianelli, Tarairí, 29/01/1855.

33. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit., p. 171.

Sea lo que fuere, no solamente falló el plan de Ríos, sino que su participación ya era *vox populi* y tuvo consecuencias judiciales. El guardián del convento de Tarija hizo la denuncia correspondiente ante la prefectura del departamento, que instruyó a su vez al juez levantar un sumario contra el comandante de la frontera.³⁴ Sin que sepamos por qué (¿más «incentivos», falta de pruebas, amistades del comandante?), la acusación no prosperó. En 1859, volvemos a encontrar a Cornelio Ríos en Caiza, como «Jefe defensor de la frontera de Salinas».³⁵ Más aún, este mismo año, Ríos estuvo presente en un tratado de paz suscrito con los tobas. En el mismo asistieron padres franciscanos, el subprefecto de la provincia Salinas y cuatro colonos criollos, entre ellos Cornelio Ríos: es decir, el frente colonizador unido en un solo bloque.³⁶

Poco más tarde, en 1863, Cornelio se acercó aún más a los misioneros. De hecho, acompañó al Padre Gianelli Pilcomayo abajo como jefe militar, en busca de los tobas que habían fugado de la misión de San Francisco.³⁷ Ríos demostró en esta ocasión que no sólo conocía a los indígenas del Pilcomayo, sino que además no confiaba demasiado en ellos. A Peloco, jefe toba, le entregó algunos expedicionarios enfermos con el encargo de llevarlos a hacerse curar: «Pero antes de entregarlos a un bárbaro que podía traicionar, tuvo el cuidado de pedirle a su propio hijo que le sirviese de guía hasta el regreso [...], con lo que quedaba garantizada la vida de ellos».³⁸ Al regreso de la tropa, el comandante militar se convirtió en el principal interlocutor de Gianelli para la fundación de la nueva misión San Antonio al amparo del flamante fortín de Bella Esperanza.³⁹

Langer escribe que, en ese entonces, Ríos se convirtió «en partidario (*supporter*) de los franciscanos».⁴⁰ Podría argüirse también que sólo cumplió con su trabajo y obedeció órdenes; más allá, parece también evidente que al colono Ríos le convenía explorar nuevas posibilidades, nuevas tierras y nueva mano de obra río abajo.

De hecho, siguió siendo un acérrimo enemigo de los indígenas. En una fecha indeterminada entre la expedición de 1863 y el asesinato del explorador francés Julio Crevaux por parte de los indígenas del Pilcomayo en 1882, Ríos mató al padre de Sirome o Silomi, gran cacique de los indígenas güisnays del Pilcomayo abajo. Acusados por la muerte de Crevaux, los tobas afirmaron que los asesinos fueron «capitaneados por el capitán Silomi [...] A este Silomi en años pasados los *carais*, dijo Iñiri, le mataron (y fue Cornelio Ríos) a traición a su *taita*. Y por eso es que ahora él ha hecho la venganza».⁴¹

El que proporcionó esta información fue Francisco Zeballos, un muchacho criollo de

34. AFT, 1-2298, oficio del Guardián del convento al prefecto del departamento, Tarija, 2/02/1855. AFT, 1-2299, oficio del prefecto de Tarija al juez de letras, Tarija, 9/02/1855.

35. ABNB, MI, 169/50, carta de Cornelio Ríos al jefe político de Tarija, Caiza, 26/03/1859.

36. AFT, 2-878, Tratado de paz con los tobas, Tarairí, 31/10/1859.

37. AFT, 2-912, f. 2, Relación de la exploración del Pilcomayo por el P. Gianelli, Tarija, *circa* 1863.

38. *Ibidem*, f. 9.

39. AFT, 1-2314, oficio del jefe político de Tarija al Prefecto de misiones, Tarija, 7/01/1863.

40. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, *cit.*, p. 224.

41. AFT, 2-617, f. 2, carta del P. Vicente Marcelletti al P. Giannecchini, San Antonio, 1882. *Carai* es la palabra guaraní (*chiriguana*) para designar a los blancos; *Taita* es un quechuismo por «padre».

Yacuiba y único sobreviviente de la tripulación de Crevaux. En el mismo testimonio, el joven agregó otro detalle: los tobas de Teyu y los de Cabayurepotí, río más abajo, estuvieron divididos en cuanto a asesinar o no los miembros de la expedición Crevaux. Pero sí todos estaban de acuerdo para matar a otro criollo de la frontera: Martín Barroso.

El honrado y laborioso Martín Barroso

Martín Barroso surge en la documentación en 1845, participando como sargento en la represión de un grupo de chiriguano alzados.⁴² Sin embargo, contrariamente a Ríos, Barroso no continuó en el ejército y, en 1858, aparece en las fuentes como vecino de Cai-za.⁴³ En el pequeño mundo de la frontera, ambos hombres se conocían y, de hecho, Barroso también participó de la expedición Gianelli en 1863.⁴⁴ Muy probablemente acompañó luego a otras expediciones más, pues en su última travesía en 1883, sus compañeros lo calificaban de «experto viajero» y «concedor de gran parte de los capitanes que pueblan el Chaco».⁴⁵

Contrariamente a Ríos, Barroso se distinguió por relaciones cordiales con los franciscanos, y lo demostró en 1881. En septiembre de ese año, «el honrado y laborioso don Martín Barroso» tenía la intención de fundar una colonia entre los güisnays de Piquirenda, cuyo jefe Sirome (el mismo cuyo padre había sido abatido por Cornelio Ríos) «había solicitado su amistad». Barroso propuso que un padre lo acompañase para fundar una misión en el lugar.⁴⁶ Una noticia inesperada truncó el proyecto: el gobierno impulsó una nueva expedición al Pilcomayo, y tanto Gianecchini como Barroso fueron convocados a Tarija para ayudar en los preparativos. En esta oportunidad, en marzo de 1882, Martín Barroso recibió el título de comandante principal de las provincias Gran Chaco y Salinas, para iniciar los preparativos de la expedición.⁴⁷ Sin embargo, la llegada del explorador Crevaux a Tarija cambió de nuevo los planes: se trataba ahora de ayudar al francés a equiparse para bajar el Pilcomayo en bote hasta Asunción.

Gianecchini ideó una estrategia: sabedor que la hija de un cacique toba estaba cau-

42. «Expediente contra los chiriguano que se sublevaron en la misión de Salinas», 1845, en Langer, Erick y Zulema Bass Werner de Ruiz (eds.), *Historia de Tarija. Corpus documental t. V*, Tarija, Universidad autónoma «Juan Misael Saracho», 1988, p. 219.

43. AFT, 2-785, «Testigos que presenta el conversor de la misión de Aguirenda para que sean interrogados sobre la propiedad del terreno de Alejo Fernández», Aguirenda, 24/10/1858.

44. Gianecchini, Doroteo, «Relación de lo obrado por los Padres misioneros del colegio de Tarija en las dos expediciones fluvial y terrestre al Pilcomayo del año de 1882 [1883]», en Calzavarini, Lorenzo (ed.), *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936, t. V*, Tarija, Centro Eclesial de Documentación, 2006, p. 633. Paz Guillén, José, *A través del Gran Chaco. Relación de viaje de la expedición militar boliviana en 1883*, Buenos Aires, Imprenta Jacobo, 1886, p. 67. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 120.

45. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 100. Paz Guillén, José, *A través...*, cit., p. 67.

46. Gianecchini, Doroteo, «Relación...», cit., p. 625.

47. *Ibidem*, p. 633.

tiva en Tarija donde trabajaba como empleada doméstica, propuso liberarla y enviarla como embajadora al Pilcomayo en gesto de buena voluntad, para avisar a sus compatriotas que la expedición Crevaux iría en son de paz. Lo curioso es que la niña, de 14 años, había sido capturada precisamente en 1881 en una expedición «presidida por el prestigioso vecino don Martín Barroso».⁴⁸ Nuestro honrado ciudadano no se diferenciaba mucho, en este aspecto, de Cornelio Ríos capturando indígenas para la respetable sociedad tarijeña.

De ahí que el franciscano, Barroso y la joven toba partieron juntos hacia la frontera, donde recibieron una mala noticia: los vecinos de Caiza acababan de hacer una correría entre los indígenas del Pilcomayo, matando a varios, y se temía que la expedición Crevaux fuera víctima de su venganza.⁴⁹

Como se sabe, Crevaux y sus hombres efectivamente fueron asesinados por los indígenas en abril de 1882, a los pocos días de haber salido de la misión de San Francisco. El único sobreviviente fue el joven Zeballos. Muchos atribuyeron la masacre a una venganza por la reciente expedición de los caiceños, y ésta fue también la opinión que expresó Barroso en una carta a un amigo.⁵⁰ Expuso en esta misiva sus ideas para seguir avanzando Pilcomayo abajo: se trataba, dijo, de «colonizar los puntos más importantes», para de esta manera hacer viable el viaje hasta Paraguay. Concretamente, debería fundarse colonias y fortines en el trayecto sino «los indios seguirán asediándonos como lo hacen hasta hoy».⁵¹ Se entiende mejor, pues, su proyecto de fundar una colonia en Piquirenda entre la gente de Sirome.

Sabemos que, en julio de 1882, Giannecchini llegó a entrevistarse con Sirome en Yacuiba, en casa de Barroso.⁵² Pero el gobierno seguía porfiando en explorar el Pilcomayo sin previa fundación de colonias ni de misiones. Una primera tentativa al mando de Andrés Rivas fracasó en noviembre de 1882. Sin desanimarse, el gobierno encargó al año siguiente una nueva exploración a Daniel Campos, Delegado Nacional.

Martín Barroso participó de esta última expedición como experto. Ya era un hombre mayor, «anciano», el «patriarca» de la tropa.⁵³ Más allá de ser hombre de monte, rastreador y curtido para esta clase de viajes, Barroso era útil a Campos esencialmente por sus buenas relaciones con los indígenas del Pilcomayo. Antes de la partida de la expedición, Campos le dirigió esta misiva:

He tenido conocimiento de que algunos capitanes tobas han hecho proponer a Ud. Pacés [...] Es llegado el caso de ver si se puede sacar algunas ventajas de sus proposiciones: en su consecuencia, mande Ud. a darles aviso para que salgan ofreciéndoles toda garantía y que indiquen

48. Trigo, Bernardo, *Las tejas de mi techo. Páginas de la historia de Tarija*, La Paz, Universo, 1939, p. 190.

49. Giannecchini, Doroteo, «Relación...», *cit.*, pp. 633-634.

50. Barroso, Martín, «Carta a Modesto Leaplaza, Yacuiba, 12/05/1882», *El Trabajo*, Tarija, 30/05/1882, p. 3.

51. *Ibidem.*

52. Giannecchini, Doroteo, «Relación...», *cit.*, p. 649.

53. Campos, Daniel, *De Tarija...*, *cit.*, pp. 203, 206, 311.

el punto donde deben conferenciar y el día preciso que deben estar en él. Se transmitirá este aviso, sin hacerles comprender que éste parte de mi iniciativa, sino que es sólo buen oficio de Ud.⁵⁴

El cacique toba que propuso este trato era Peloco, que efectivamente llegó a entrevistarse con el Delegado más tarde, aunque sin devolver los caballos prometidos.⁵⁵ Poco más tarde, en septiembre, estando la expedición en la flamante colonia Crevaux que acababa de fundar en Teyu, Campos escribió al ministro: «en Piquirenda, haré con su gran capitán un arreglo, así como protectorado. Don Martín Barroso a quien llevo en la expedición es amigo de este capitán».⁵⁶ Así, el plan de colonización de Barroso parecía tomar forma, con el consentimiento de Sirome, aunque, esta vez, sin misión a la vista.⁵⁷

Barroso destacó varias veces entre los miembros de la expedición por «su prestigio entre las tribus más alejadas».⁵⁸ A finales de septiembre, rodeado por indígenas hostiles, un miembro de la expedición se salvó «milagrosamente, con el comandante Barroso y sus compañeros que conocían a algunos caciques».⁵⁹ Más abajo incluso de Piquirenda, un indígena reconoció al comandante: «Le dice *Maitin*, estrechándole la mano, y sacando una gran calabaza llena de aloja la pone al suelo invitándole que tome».⁶⁰ En otros términos, al menos hasta bien avanzada la marcha río abajo, Barroso no exploraba: recorría un mundo conocido. Sin misión y sin fortín, los colonos ya habían logrado avanzar Chaco adentro, y sus clamores por misiones o fuertes apuntaban a proteger sus todavía precarias posesiones. De hecho, sabemos que las propiedades de Barroso llegaban muy cerca del mismo Piquirenda.⁶¹

El colono logró esta hazaña por sus contactos sostenidos con Sirome, conocido por ir regularmente a Yacuiba e Itiyuru.⁶² Su gente era un «pueblo aliado», que simpatizaba «con los cristianos».⁶³ Pero esta conquista amigable, solapada, no era del agrado de todos en el Pilcomayo. Como bien subraya el Padre Corrado, una nueva colonia en Piquirenda hubiese acabado de acorralar a los tobas, atenazados entre ella y las misiones del río arriba.⁶⁴ Podemos entender así las revelaciones de Francisco Zeballos tras su liberación: si bien los tobas no estuvieron todos de acuerdo con matar a Crevaux, sí «todos estaban unidos para matar al Martín Barroso». Varios de ellos, a la cabeza de Peloco, habían ido en 1882 «a Itiyuru fingiéndose amigos de Martín y así llevarlo para Caballurepoti y ahí

54. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., pp. 372-373.

55. *Ibidem*, pp. 50-51.

56. Carta de D. Campos al ministro Quijarro, 1/09/1883, en Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 722.

57. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 123.

58. *Ibidem*, p. 310.

59. Paz Guillén, José, *A través...*, cit., p. 42.

60. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 160.

61. Paz Guillén, José, *A través...*, cit., p. 67.

62. Campos, Daniel, *De Tarija...*, cit., p. 122.

63. Paz Guillén, José, *A través...*, cit., p. 31.

64. Corrado, Alejandro, «Continuación...», cit., p. 498.

matarlo. Porque no quieren que pisen los cristianos en sus tierras».⁶⁵ Lo cierto es que nada pasó en 1882, probablemente por los preparativos de la expedición Rivas. Pero esta información hace sospechar intenciones más siniestras en la ya mencionada propuesta de paz de Peloco a Barroso en julio de 1883.

Tras esta expedición no encontré más noticias del anciano criollo. Ni el fortín ni la colonia de Piquirenda se hicieron realidad pero, de alguna manera, Barroso se vio recompensado con lo que más anhelaba como colono: tierras. Primero, Campos refrendó oficialmente su título de propiedad de un terreno baldío en el Pilcomayo, otorgado por la prefectura de Tarija en años anteriores; segundo, al igual que todos los criollos vecinos que participan de la travesía, recibió otro terreno de 50 hectáreas en la misma región.⁶⁶

El momento de quiebre

La expedición Campos tuvo lugar en el momento de quiebre de las relaciones entre padres franciscanos y colonos criollos. Los tiempos habían cambiado, las diferencias aparecían en plena luz y se torcieron relaciones que, como vimos, tampoco fueron nunca óptimas. Las quejas de los colonos se hicieron más duras, más públicas también. Para asentar sus reclamos, hablaron del despotismo y de la crueldad de los misioneros, o de la inutilidad de la obra civilizadora llevada a cabo por los hijos de San Francisco; algunos, como veremos, echaron mano de los textos del anticlerical Campos para dar mayor fuerza a sus argumentos.

No por casualidad las críticas a las misiones se incrementaron a finales del siglo y más aún a inicios del siguiente. Es un hecho que el anticlericalismo de parte de la sociedad y de la clase política se expresó en voz alta en estos años, y culminó con la llegada de los liberales al poder en 1899. Pero, en el frente local de la frontera, lo que cambió radicalmente la situación fue la llamada «guerra de Guacaya», la mayor sublevación chiriguana del siglo que estalló en 1874 y duró hasta 1876.⁶⁷ Se trató de una coalición de gran envergadura, liderada por comunidades indígenas que estaban fuera del sistema misional, pero ya acosadas por el avance de las haciendas. También participaron los tobas y otros pueblos del Pilcomayo. Los indígenas fueron duramente reprimidos y su derrota selló el fin de la independencia chiriguana, o lo que quedaba de ella. Los franciscanos de Potosí fundaron una misión en Guacaya en 1876, otra en Cuevo en 1887. Más importante, el gobierno expidió un verdadero alud de adjudicaciones a todo aquel criollo que había participado de cerca o de lejos en la represión, y las haciendas se multiplicaron por doquier en el piedemonte. Al finalizar el conflicto, los criollos ya no necesitaban realmente

65. AFT, 2-617, carta del P. Vicente Marcelletti, *cit.*

66. Campos, Daniel, *De Tarija...*, *cit.*, pp. 310-311, 779.

67. Si bien la guerra de 1892 en Kuruyuki es más conocida por haber sido la última, no tuvo ni la intensidad ni las dramáticas consecuencias de la de 1874, que selló el fin de la independencia chiriguana. Ver Combès, Isabelle, *Kuruyuki...*, *cit.*, Francisco, Erick.

de los frailes para poder establecerse y crecer. La fase de la conquista había sido superada, empezaba la de la colonización.

De esta manera, en el territorio chiriguano ya vencido, la enemistad más o menos latente que opuso desde un principio a colonos y franciscanos quedó al descubierto. Sólo el Pilcomayo permanecía como tierra por conquistar, sin fuerte presencia criolla y con la tenaz resistencia de los tobas que lideraban la resistencia indígena. No pocos colonos clamaban por su exterminio: «No se les debe considerar como a hombres sino como a tigres y panteras y como a tales se les debe perseguir, por no ser útiles para sí, para la humanidad o sociedad y ni para el Estado».⁶⁸ En este escenario, si bien no se consideraba que las misiones fueran del todo inútiles, se puso el acento en la guerra y en la construcción de fortines, mediante iniciativas tanto privadas como estatales. Ya en 1878 Manuel Mariano Gómez se estableció en Ivibobo (en territorio toba) y erigió por su cuenta el fortín de Palo Marcado.⁶⁹ En el mismo año, el subprefecto de la provincia Azero del departamento de Chuquisaca (al que pertenecía la orilla izquierda del Pilcomayo) recibió autorización para edificar otro fortín.⁷⁰ Finalmente, en 1880, el gobierno aprobó la erección de un fortín en Ñuapua y otro en Taringuiti, frente al antiguo fuerte de Bella Esperanza. El arsenal militar de la conquista se desplazaba así Chaco adentro, y un hito fue ciertamente, en 1883, la fundación de la Colonia militar Crevaux en territorio toba.

La construcción inició en 1882 en Taringuiti y Ñuapua. Como correspondía y como preveía el reglamento de misiones, los encargados solicitaron brazos, herramientas y alimentación a los franciscanos.⁷¹ Incluso el comandante militar del Azero pidió terrenos en la misión de Tarairí para el alojamiento provisional de los futuros colonos mientras se construyesen los fuertes.⁷² La solicitud motivó una serie de airadas preguntas del Padre Giannecchini acerca de la legalidad de la iniciativa, si estaba contemplada en las disposiciones de la Asamblea Nacional, si las colonias serían de indígenas o de criollos, cuánto tiempo tendrían que trabajar los neófitos, etc.⁷³

Aunque fuese a regañadientes como evidencian las preguntas de Giannecchini, los franciscanos cumplieron, pero criollos y autoridades no lo reconocieron. En 1883 el subprefecto del Azero informó a su superior que los fortines no se habían acabado de construir porque, en septiembre de 1882, los misioneros se habían negado a apoyar a los sol-

68. Raña, Eudogio, «Informe del subprefecto de la provincia del Gran Chaco al prefecto de Tarija», en Ministerio de Hacienda de Bolivia, *Exploración del Gran Chaco de Bolivia. Documentos referentes*, La Paz, La Tribuna, 1882, p. 45.

69. Trigo, Bernardo, *Las tejas...*, cit., p. 189.

70. AFT, 1-2385, oficio del subprefecto del Azero a los conversores de las misiones de Tarija, Saucos, 9/09/1878.

71. AFT, 1-2470, oficio del subprefecto de la provincia de Azero al P. Giannecchini, Cuevo, 17/08/1882. AFT, 1-2472, circular del jefe militar de las fuerzas expedicionarias del Azero a los conversores de las misiones, Ñancaroinza, 29/08/1882.

72. AFT, 1-2448, oficio del comandante militar de colonización al Prefecto de misiones, Tarairí, 16/02/1882.

73. AFT, 1-2598, respuesta del P. Giannecchini al jefe militar de la empresa de colonización, Aguairienda, febrero de 1882.

dados en un incidente contra tobas enemigos.⁷⁴ Lo que en este caso preciso es falso, pues se conservaron, primero, cartas del mismo subprefecto y de un comandante agradeciendo la ayuda prestada por las misiones; segundo, y sobre todo, el incidente con los tobas en 1882 fue cualquier cosa menos claro.⁷⁵ De hecho, se trató del asesinato del cacique toba Socó por parte de los soldados de Ñuapua, que intentaron luego justificarse pretendiendo que lo habían sorprendido robando caballos.⁷⁶ Franciscanos y criollos se enfrentaron, indignados los primeros y procurando calmar a los tobas que querían vengarse. Pero éstos no tardaron en reaccionar y asaltaron el fortín de Taringuiti, quemando todo a su paso.⁷⁷ En noviembre los trabajos fueron abandonados.⁷⁸ Irónicamente, la construcción de los fuertes se reinició en 1884 gracias a los franciscanos, que firmaron un nuevo tratado de paz con los tobas y aseguraron así un período de relativa tranquilidad. Gracias a este tratado, los criollos lograron afianzarse en nuevas colonias como las de Camatindi y de Carandaití Guasu.⁷⁹

Manuel Mariano Gómez, jefe de colonias y brazo derecho de pésimos neófitos

Los colonos que se instalaron en Carandaití Guasu lo hicieron «capitaneados por un señor Gómez».⁸⁰ Manuel Mariano Gómez, quien ya había fundado su propio fortín en 1878 en Ivibobo, era también el hombre fuerte en el fortín de Taringuiti. El que ostentaba el rimbombante título de «Jefe empresario de Colonias del Oriente» mantuvo agitadas relaciones con los padres misioneros y, de manera muy distinta, con los indígenas tobas por un lado y los chiriguano por el otro.

En 1887 Gómez era corregidor de Ñancaroinza, y los tobas le acababan de robar algunas reses.⁸¹ De hecho, el empresario tuvo peores problemas con los indígenas chaqueños que sus predecesores en los fortines del Azero en 1882. Los tobas no se contentaban con robarle: a finales de 1888, el hijo del Socó asesinado en 1882 apuñaló a un vaquero de Gómez, «sin duda por venganza», además de robar armas y animales.⁸² Al año siguiente

74. «Informe del subprefecto del Azero al prefecto de Chuquisaca, 30/03/1883», en *Guía de fuentes franciscanas en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*, Sucre, Provincia misionera de San Antonio, 1994, pp. 535-536.

75. AFT, 1-2476, oficio del subprefecto del Azero al P. Nazareno Dimeco, Taringuiti, 15/09/1882. AFT, 2-808, nota del comandante de la fuerza expedicionaria del Azero, Macharetí, 21/09/1882.

76. Sobre este incidente, remito a Combès, Isabelle, *Hijos del Pilcomayo...*, cit., pp. 94-96.

77. AFT, 2-867, carta del P. Mauricio Monacelli al P. Giannecchini, San Francisco, 15/10/1882.

78. AFT, 2-888, circular del subprefecto del Azero a los corregidores, Sauces, 6/11/1882.

79. Giannecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit., p. 209.

80. Giannecchini, Doroteo, *Diario de la expedición exploradora boliviana al Alto Paraguay de 1886-1887*, Asís, Tip. de la Porciúncula, 1896, p. 146.

81. AFT, 1-2629, carta de Manuel M. Gómez al Prefecto de misiones, Macharetí, 9/04/1887.

82. Anales, «Anales de este Colegio Franciscano de Tarija [1889]», en Calzavarini, Lorenzo (ed.), *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936*, t. VI, Tarija, Centro Eclesial de Documentación, 2006, p. 1291. AFT, 1-2649, carta del corregidor de Ñancaroinza al P. Pifferi, Ñancaroinza, 9/12/1888.

te, los tobas mataron a una mujer y tres peones del mismo Gómez.⁸³ Los misioneros intentaron mediar entre ambos bandos, pero los persistentes ataques tobas a los fortines impidieron hacer las paces.⁸⁴

En los años siguientes la violencia continuó, de ambas partes. En 1894 un misionero afirmaba que los tobas lamentaban que no pudiese hacerse una nueva misión entre ellos, «por el temor de que los colonos del señor Gómez, Jefe de las Colonias del Oriente, les ocuparan todos sus terrenos».⁸⁵ En 1895 todavía, Gómez persiguió a ladrones de ganado y mató a tres tobas. Se justificó diciendo que los tobas eran «declarados enemigos de la cristiandad».⁸⁶ Por el contrario, los vínculos del hacendado con los caciques chiriguano vecinos tuvieron un tono radicalmente diferente. Influyeron también sobre sus relaciones, cada vez más tensas, con los misioneros.

El interlocutor privilegiado de Gómez era en efecto Mandepora o Mandepouai, jefe chiriguano de la misión de Macharetí y probablemente el cacique más influyente de su época. Fue el artífice de la fundación de su misión en 1869, cuando pidió la presencia de los frailes para vengar la muerte de su padre a manos de chiriguano vecinos. Pero Mandepora fue, desde un inicio, un mal necesario para los frailes. Sin jamás convertirse él mismo, sin renunciar a las borracheras y la poligamia, fue sin embargo el garante de la permanencia de la misión franciscana, y un intermediario obligado con los tobas del Gran Chaco.⁸⁷ Al menos desde 1884, Mandepora enganchó también indígenas de su propia misión para llevarlos a trabajar en los ingenios azucareros del Noroeste argentino. A fin de siglo e inicios del siguiente, esta migración tomó tanta amplitud que amenazaba con despoblar las misiones.⁸⁸ Eso sin contar con los «vicios» que los indígenas traían de regreso y socavaban, según los franciscanos, los cimientos de la misión católica.⁸⁹ La situación llegó a tal extremo que, en los años 1889-1891, los franciscanos quisieron destituir a Mandepora, sin lograrlo por su prestigio como jefe.⁹⁰

Otro dolor de cabeza en la misión era Tacu, el digno hijo de Mandepora o peor si cabe, un «hombre de estragadas costumbres», «malhadado neófito [...] déspota cruel y terrible».⁹¹ Tacu y sus hermanos siguieron, con creces, los pasos de su padre al llevar trabajadores a la Argentina, despoblando así la misión.

83. AFT, 1-2667, carta del jefe superior de Colonias al P. Pifferi, Caiza, 12/07/1889. AFT, 1-2671, carta del P. Pifferi al inspector general de Colonias y Misiones, San Francisco, 9/08/1889.

84. AFT, 1-2668, carta del jefe militar de Crevaux al Prefecto de misiones, Crevaux, 29/07/1889.

85. ABNB, MI, 278/64, carta del prefecto de misiones al ministro del Interior y de Colonización, Tarija, 27/07/1894.

86. Langer, Erick, *Economic Change...*, cit., p. 134.

87. Sobre Mandepora y su hijo Tacu, remito a Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit., cap. 5. Combès, Isabelle, *El Delegado y sus caciques. Leoadio Trigo en el Chaco boliviano (1904-1909)*, Cochabamba, Itinerarios, 2019a.

88. AFT, 2-907, f. 40, informe del trienio del P. Santiago Romano, Tarija, 19/05/1908.

89. *Ibidem*, f. 25. AFT, 2-917, f. 17, informe del trienio del P. Romano, Tarija, 15/05/1911.

90. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit., p. 120.

91. *Anales...*, cit. [1902], pp. 1386-1387. AFT, 2-673, f. 2, carta del P. Gervasio Costa al ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Tarija, 1/06/1902.

Contrariamente a los franciscanos, Gómez mantuvo las relaciones más cordiales con Mandepora, y el cacique contribuyó con peones en la construcción del fortín de Taringuiti. Este trabajo lo hizo incluso acreedor a un lote de 2.500 hectáreas. En el expediente de mensura correspondiente, Mandepora se presentó como «cooperante poblador del fortín de Taringuiti», y Gómez afirmó: «Ha prestado sus servicios espontáneos [...] es un capitán intrépido y decidido por el adelanto y colonización de nuestro Oriente».⁹²

Al parecer, cuando los frailes quisieron deponer a Mandepora a finales del siglo XIX, también hubo una orden de arresto contra Tacu, que el entonces corregidor de Ñancaoinza, Carlos Castillo, no ejecutó.⁹³ La familia Castillo siempre estuvo allegada a los franciscanos, y su negativa es reveladora de las tensiones crecientes entre hacendados y misioneros en estos años. De hecho los criollos defendieron con uñas y dientes a Mandepora y Tacu y, lo que es lo mismo, se opusieron abiertamente a los franciscanos.

Así, en 1892, Gómez (que ya tenía intenciones de colonizar en las cercanías de Cuevo en 1885)⁹⁴ se constituyó en el principal oponente a la fundación de una nueva misión en Ivo, en la misma zona.⁹⁵ Según el Delegado del Gobierno, Gómez había construido un burdo fortín en los alrededores y, en consecuencia, había solicitado también una cantidad exagerada de tierras para sus «vaqueros y dependientes».⁹⁶ Lo mismo pasó en otras colonias, donde Gómez tramitó la adjudicación de «tierras baldías» para sus allegados: un total de ochenta y una solicitudes para el fuerte de Milagro de Taringuiti, San Juan de Ñuapua San José de Carandaitiguaso en 1894, sin contar con solicitudes para él solo en otros cinco lugares.⁹⁷ En 1893 Gómez era dueño de dos mil cabezas de ganado en Taringuiti, y de mil en Ivibobo en 1898.⁹⁸ A inicios del siglo XX, era el más grande hacendado de la orilla izquierda del Pilcomayo.⁹⁹

Tierras y mano de obra fueron los clásicos motivos de enemistad entre misioneros y colonos, y fueron también las razones de la «amistad» que unió a Gómez con Mandepora pues el cacique colaboró con entusiasmo en sus proyectos, mandando peones a trabajar.¹⁰⁰ Al igual que cuando enganchaba a su gente para viajar a los ingenios argentinos, actuó en este caso como contratista, y recibió un pago.

92. ABNB, Ministerio de Hacienda (MH), 1891, expediente de mensura y amojonamiento de Picuihua, Picuihua, 20/07/1891.

93. AFT, 2-673, carta del P. Costa, *cit.*, 1/06/1902, f. 2.

94. AFT, 1-876/103, carta del prefecto de Chuquisaca al P. Giannecchini, Sucre, 20/03/1885.

95. Chavarría, Melchor, *Informe...*, *cit.*, p. 14. Archivo Franciscano de Camiri (AFC), sin clasificar, ff. 1-10v, Documentos relativos a los terrenos de las misiones de Santa Rosa de Cuevo y San Buenaventura de Ivo del Colegio de Potosí, 1892.

96. Chavarría, Melchor, *Informe...*, *cit.*, p. 15.

97. Paz, Luis, *Memoria de gobierno presentada al congreso nacional de 1895*, Sucre, El Cruzado, 1895, anexos, p. II.

98. Jofré, Manuel Othon, «De San Francisco a Crevaux. Una noche entre los tobas», *Almanaque literario de El Trabajo*, Tarija, 1893, p. 14. Trigo, Bernardo, *Las tejas...*, *cit.*, p. 188.

99. Trigo, Leocadio, «El alto Pilcomayo...», *cit.*, p. 62. Gómez fallece poco después: en 1908, un documento menciona a su viuda (AFT, 2-2625, carta del P. Dionisio Polverini al Prefecto de misiones, Tigüipa, 1/05/1908).

100. AFT, 1-2796, carta del P. Domingo Ficosecco al corregidor de Carandaití, Macharetí, 11/05/1904.

En 1902, otro incidente opuso a Gómez con los misioneros. De hecho, en este año, Mandepora y Tacu pretendían llevar de nuevo a su gente a la Argentina, y el conversor de Macharetí intentó oponerse. El resultado fue una queja oficial de ambos caciques ante el fiscal de Monteagudo contra el misionero, por malos tratos.¹⁰¹ Sabemos que Gómez no sólo apoyó la queja, sino que financió el viaje de Mandepora a Monteagudo: «Mandeponai, a la fuerza, hizo trabajar a los indios para el Sr. Manuel Mariano Gómez, a cuenta de una deuda que Mandeponai debía a dicho Sr., para que vaya a Sauces [Monteagudo] a levantar acusación contra los PP. conversores».¹⁰²

Gómez también defendió los caciques cuando, en 1904, los franciscanos intentaron destituir por segunda vez a Mandepora. Escribió al corregidor denunciando la destitución y acusando al conversor de Macharetí de «flagelar a los indígenas que jornalean para los blancos»; también protestó porque así no podía tener acceso a la mano de obra indígena, la misma que Mandepora le proporcionaba con tanta facilidad.¹⁰³ A fin de año, el prefecto de misiones denunció las «costumbres harto depravadas» de los criollos vecinos de las misiones y, en particular, las de Gómez: «Se titula Jefe de Colonias [y] es el brazo derecho de otros pésimos neófitos de Macharetí, a saber: Mandeponai y sus hijos».¹⁰⁴

El abominable y arrepentido Salustio Lema

Contemporáneo de Gómez, el hacendado Salustio Lema ilustra otra faceta de las pésimas relaciones de los terratenientes con los misioneros: la vertiente legal o, mejor dicho, la de las argucias legales. Si bien los pleitos de don Salustio con los franciscanos empezaron a finales del siglo XIX, tenían raíces más antiguas que se remontaban a 1875 o 1876, cuando contrajo matrimonio con Andrea Reinoso. Andrea era viuda de Luis Guzmán quien, en 1860, se había hecho adjudicar el terreno de Yumbia, de una legua y media cuadrada, en el cañón de Igüembe, en la ribera izquierda del río Pilcomayo. Lo raro es que quien formalizó la adjudicación fue la junta municipal de Salinas, en la provincia del mismo nombre del departamento de Tarija, cuando Igüembe pertenecía a la provincia Azero del departamento de Chuquisaca.¹⁰⁵ Luis Guzmán falleció, dejando a dos hijos y su viuda Andrea que pronto se apoderó del terreno y se casó en segundas nupcias con Salustio Lema. Siguió un juicio «entre gallos y medianoche» entre la pareja y los dos herederos de Guzmán, que falló en favor de Lema, a quien se le adjudicó Yumbia en 1877.

En 1854 el mismo Luis Guzmán también se había hecho adjudicar por parte de la prefectura de Tarija una legua cuadrada de terreno en Iboca, en la provincia Azero de

101. AFT, 1-2784, carta del fiscal de Monteagudo a los padres de Macharetí, Monteagudo, 12/06/1902.

102. AFT, 1-2796, Carta del P. Domingo Ficosecco, *Ibidem*.

103. AFT, 2-879, copia hecha por el P. Ficosecco de una carta de Manuel M. Gómez al corregidor de Salinas, Carandaití, 2/05/1904. AFT, 2-672, f. 2, informe del Prefecto de misiones, Tarija, 1/06/1904.

104. AFT, 2-672, f. 1v, informe del Prefecto de misiones, Tarija, 1/06/1904.

105. Corvera, Mariano de Jesús, *Salustio Lema ante la opinión pública*, Sucre, imp. Sucre, 1899, p. 1.

Chquisaca, esta vez con un tal Marcos Sánchez. Fallecidos Guzmán y Sánchez, en 1879 Salustio Lema apareció como propietario de Iboca, supuestamente comprado a otros dos personajes llamados Sánchez, que «no tenían más título de sucesión que el apellido».¹⁰⁶

Finalmente, un tercer terreno en juego fue el de Quisquisiraite, en el mismo cañón de Igüembe, de propiedad de Norberto Camacho, quien falleció dejando a tres hijas y un niño menor de edad, Juan Bautista. Una de las hijas se casó con Andrés Barrientos, el cual vendió su parte (mejor dicho, la de su esposa) y la del menor de edad a Salustio Lema, en 1889. Al crecer, Juan Bautista «reconoció su error», vendió de nuevo su parte a Barrientos, que ya había comprado las partes de sus cuñadas. Por ende decidieron que la venta hecha a Lema era nula y, a partir de ahí, inició un juicio entre ambas partes.¹⁰⁷

El alcalde de Igüembe, Mariano de Jesús Corvera, a quien debemos estas informaciones, planteó entonces lo siguiente: Lema sólo poseía un pseudotítulo de propiedad de una legua cuadrada en Iboca, otro pseudotítulo por tres cuartos de legua cuadrada en Yumbia y un título para Quisquisiraite que estaba en litigio. El problema era que, en 1899, Lema afirmaba ser propietario de nada menos que 39 leguas cuadradas en Yumbi-Iboca y otras 8 en Quisquisiraite.

Salustio Lema era originario de la ciudad de Tarija y no conocemos gran cosa de él hasta que empezaron sus problemas. Sí sabemos que, en 1897, dio su contribución para la compra del nuevo reloj de la iglesia de San Francisco y que, por ende, parecía estar en buenos términos con los frailes.¹⁰⁸ Precisamente en este momento empezaron sus problemas con los misioneros.

En 1899 Lema fue acusado de abigeato por Barrientos y por los propios chiriguano de Yumbia.¹⁰⁹ Un año más tarde, un vecino de Igüembe afirmó que don Salustio era el «cabecilla hipócrita» de unos cuantos colonos afincados en Yumbia, que se dedicaban a enviciar a los indígenas con alcohol y a robar ganado ajeno.¹¹⁰ Exactamente en el mismo momento, los franciscanos del Colegio de Potosí (a cargo de la parroquia criolla de Igüembe) empezaron a barajar la posibilidad de fundar una misión en Yumbia. Bernardino de Nino contó la historia de esta fallida misión y, sin dar nombre, habló de los problemas de los frailes con «un pudiente» del lugar: se trataba, pues, del «abominable Salustio Lema».¹¹¹

Cuando, en diciembre de 1898, se llegó a realizar la mensura del terreno aprobado para la nueva reducción, «grande fue el alboroto del pudiente y sus vaqueros, y aun de los indios que, instigados por ese codicioso y sus adeptos, dijeron que no permitirían la fundación de la misión».¹¹² Pasaron casi tres años hasta que el gobierno acabase de apro-

106. *Ibidem*.

107. *Ibidem*.

108. Calzavarini, Lorenzo (ed.), *Presencia...*, cit., t. IV, p. 309.

109. Carta del juez de partido de Monteagudo a M. J. Corvera, Monteagudo, 1/03/1899, en Corvera, Mariano de Jesús, *Salustio...*, cit., p. 4.

110. En Corvera, Mariano de Jesús, *Salustio...*, cit., p. 4.

111. *Ibidem*.

112. Martarelli, Angélico y Bernardino de Nino, *El Colegio...*, cit., p. 298.

bar todos los trámites, y el propio Nino tomó posesión oficial del terreno el 21 de noviembre de 1901. Este mismo día, Lema se apersonó en la casa provisional de los misioneros en actitud hostil, junto con su hijo, sus vaqueros y dos caciques chiriguano.

La oposición legal presentada por Lema a la toma de posesión de Yumbia por parte de los franciscanos fue desestimada por la prefectura de Chuquisaca. Finalmente, en 1904, los padres recibieron los títulos de propiedad de la futura misión. Nino señala aquí que, tal vez por jurisdicción departamental, los títulos se expidieron para los franciscanos de la Recoleta de Sucre.¹¹³ Sin embargo, Lema no se resignó, presentó apelaciones en la Corte Suprema y entabló pleitos en Tarija contra los misioneros. Sus testigos fueron unánimes en declarar que las misiones eran «nocivas al Estado», por múltiples razones. Para Abel del Carpio y Pedro Quiroga, los indígenas de la propiedad de Lema eran útiles por su trabajo agrícola y, por consiguiente, una misión era innecesaria y aun perjudicial pues no pagaría impuestos. Donato Córdova afirmó que «todo individuo que pisa territorio de la misión no presta servicio a nadie». Pedro Castellón opinó que las misiones debían desaparecer para «libertar a los neófitos de la esclavitud». De esta manera, para Enrique León, «los vecinos de esos lugares aprovecharían de esos brazos y darían una renta positiva al Estado». Manuel Valverdi afirmó que los neófitos de las misiones estaban «en completa ignorancia», y Virgilio Cavero denunció que los misioneros los castigaban físicamente y abusaban de sus mujeres.¹¹⁴

Toda una maquinaria legal se fue armando contra las misiones, y el asunto fue mucho más allá del solo litigio sobre Yumbia. De hecho, Lema se querelló contra los padres de Potosí y de Sucre, y los de Tarija no tenían que ver en este asunto. Esto no impidió que «el pudiente» exigiese a la junta municipal de la provincia del Gran Chaco (Tarija) un informe sobre las misiones. La junta debía responder a preguntas más que claras y dirigidas: si las misiones eran en verdad de utilidad pública y si reportaban algún bien al Estado; si era verdad que nunca habían dado un solo ciudadano útil a la nación, cuando por el contrario los indígenas peones de hacienda eran mucho más útiles que los neófitos; si era verdad que los frailes se negaban a entregar mano de obra indígena a los hacendados, «perjudicando así el desarrollo de la agricultura». La junta municipal respondió en el mismo tono: las misiones hacían «morir la industria», evadían impuestos, privaban a los indígenas del benéfico roce con la sociedad cristiana y más bien fomentaban el odio contra los criollos, «como afirma el Dr. Campos» en su libro.¹¹⁵

Más aún, Lema buscó el apoyo de un cacique chiriguano notoriamente enemigo de los franciscanos: Tacu, el hijo de Mandepora. En julio de 1904 le dirigió en efecto una carta, donde lo invitaba a juntarse con él para denunciar a los franciscanos ante el congreso nacional.¹¹⁶

113. *Ibidem*, p. 298.

114. AFT, 2-223 y 2-224, interrogatorios de los testigos presentados por Salustio Lema, Tarija, 20/04 y 8/05/1905.

115. AFT, 2-223, interrogatorio de los testigos, *cit.*

116. AFC, sin clasificar, carta de S. Lema a Tacu, Yumbia, 26/07/1904.

Mientras Salustio buscaba deshacerse de las misiones por todos los medios legales posibles, su hijo César también hacía de las suyas, de manera mucho más violenta. En agosto de 1905, irrumpió armado en la casa de los conversores de la misión de Itau, clamando que iba a acabar con todos los frailes. Los franciscanos huyeron y, si bien el correidor local puso a César al cepo por una noche, lo liberó después.¹¹⁷

La misión de San José de Yumbia nunca se hizo realidad. Tras la oposición presentada por Lema, en 1905 la Corte Suprema declaró nulos todos los trámites anteriores.¹¹⁸ El mismo año, el Partido Liberal en el gobierno puso más bien en marcha el proceso de secularización de San Francisco Solano y San Antonio en el Pilcomayo, que se convirtieron en la flamante Villa Montes.

La trayectoria posterior de Salustio Lema es desconcertante. Aunque siguió pleiteando con Barrientos acerca de Quisquisiraite, cambió radicalmente de actitud para con los franciscanos.¹¹⁹ Tal vez arrepentido por los excesos cometidos por su hijo, en 1910 entregó todos los papeles de sus juicios al convento de Tarija, «torturado por su mala conciencia».¹²⁰ Pero su cambio de actitud se remontaba al menos a 1907, cuando pronunció un sentido discurso de homenaje en el funeral del Padre Rafael Paoli.¹²¹ En 1909 aprendemos que se predicaba en la iglesia de San Roque en Tarija un sermón que corría «anualmente a devoción del señor Salustio Lema».¹²² En estos años el *Boletín Antoniano*, órgano de prensa dirigido por los franciscanos de Tarija, saludaba a «nuestro estimado amigo» Salustio Lema;¹²³ asimismo, cuando falleció por neumonía rindió homenaje al «apreciado y distinguido caballero» que fue en vida.¹²⁴

Palabras finales

En ausencia de una real presencia del Estado en la frontera chaqueña, en la segunda mitad del siglo XIX la conquista y la colonización estuvieron en manos de misioneros franciscanos y colonos criollos. Ahí donde el imaginario y el lenguaje construyeron la imagen de una frontera cerrada oponiendo a dos bloques antagonistas, las innegables tensiones que existieron entre frailes y criollos evidencian la ilusión de pensar en un solo frente de colonización.

Cornelio Ríos y Martín Barroso aparecieron en un primer período en el que francis-

117. AFT, 2-974 y 2-995, cartas de los PP. Battistini y Costa al Prefecto de misiones, Chimeo, 25/08/1905. AFT, 2-1533, carta del P. Costa al Prefecto de misiones, Itau, 31/08/1905.

118. Martarelli, Angélico y Bernardino Nino, *El Colegio...*, cit., p. 299. AFT, 2-916, nota del ministerio de Colonias y Agricultura, 1905.

119. «Testamentaria de Salustio Lema», *Boletín Antoniano*, Tarija, 4/04/1914, p. 3. El juicio duró tres décadas, y se resolvió finalmente a favor de Barrientos (Alberto Guzmán, com. pers.).

120. AFT, 2-223, f. 30, nota del P. Columbano María Puccetti, Interrogatorio de los testigos, *Ibidem*.

121. *Anales...*, cit. [1907], p. 1577.

122. «A los tarijeños», *Boletín Antoniano*, Tarija, 15/03/1909, p. 3.

123. «Llegó de su propiedad el señor Lema», *Boletín Antoniano*, Tarija, 27/05/1911, p. 4.

124. «Notas sociales», *Boletín Antoniano*, Tarija, 5/07/1913, p. 3. Lema falleció el 3 de julio de 1913.

canos y colonos se necesitaban mutuamente para avanzar e instalarse en la frontera. A sabiendas de la fechoría de Ríos contra Tarairí, Gianelli no dudó en tenerlo como compañero de expedición poco después. Ésta fue una etapa de conquista del territorio chiriguano, que apenas empezó a transformarse en verdadera colonización con Martín Barroso. Por el contrario, Gómez y Lema pertenecieron a una época de declive de las misiones, en la que las tensiones aparecieron a plena luz del día. De hecho, en estos posteriores años del siglo XIX, la guerra criolla parecía más dirigida contra los misioneros que contra los propios indígenas. En los preliminares a la fundación de Cuevo por ejemplo, cuando los indígenas pidieron la presencia de los franciscanos, los mestizos se opusieron a la llegada de los frailes y les amenazaron con enviar un informe en contra de ellos al presidente de la República.¹²⁵ Otros, o los mismos, no dudaron en acusar al Padre. Gianecchini de ser el autor intelectual de la masacre de la expedición Crevaux en el Pilcomayo.¹²⁶ En los mismos años, los *Anales* del Colegio de Tarija registraron dos tentativas de asesinato del párroco de Caiza.¹²⁷ Más afanados en luchar entre sí y acusarse de todos los males, tanto franciscanos como colonos parecieron incluso olvidarse de los indígenas, que eran el botín que ambos perseguían. No se percataron que, así como ellos querían utilizarlos en su propio beneficio, los nativos también tenían su propia agencia y explotaban a su favor las desavenencias que enfrentan a sus conquistadores.¹²⁸

La verdadera guerra que opuso a misioneros y colonos fue permitida y alentada, en gran medida, por la ausencia de un Estado fuerte en la región, que en vez de regular la colonización permitió un avance descontrolado, en el que «cada cual [era] un rey que no [conocía] ni [reconocía] ley ni legalidad». Sin embargo, no podemos terminar sin situar en su verdadera dimensión las pésimas relaciones entre franciscanos y criollos. Sería pues un error enfocarlas solamente a la luz del anticlericalismo que se abrió camino a partir de finales del siglo XIX. Personajes como Daniel Campos no eran la norma y, en la frontera, como vimos, colonos y criollos eran cristianos, en todos los sentidos del término. Lo eran por «blancos», pero también por creyentes, devotos y apegados a la Iglesia. Ya Weddell notaba en 1846 que las obras llevadas adelante por los franciscanos de Tarija «les valieron

125. Gianecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit., p. 227.

126. Combès, Isabelle, ¿Quién mató a Crevaux? Un asesinato en el Pilcomayo en 1882, Santa Cruz, El País, 2017.

127. *Anales...*, cit. [1884], pp. 1251-1252.

128. De hecho, en 1855 los indígenas de Tarairí se aprovecharon más de Ríos que él de ellos, pues de todas maneras iban a atacar la misión. Igualmente, Mandepora utilizó a los franciscanos para vengar primero la muerte de su padre y asentar su poder, sin jamás ceder un ápice de su autoridad ni convertirse; lo mismo hizo más tarde con Gómez, cuando se convenció que la lucha armada no tenía futuro y las misiones se debilitaban. De igual manera queda confusa la situación entre Barroso y Sirome: el hacendado dijo haber convencido al cacique para fundar una colonia en su pueblo, pero Corrado escribe sin ambigüedad que Sirome, por el contrario, «convidió los vecinos de Itiyuru» (Corrado, Alejandro, «Continuación...», cit., p. 498). Acostumbrado al trato con los criollos y probablemente convencido también de que la lucha armada ya no le servía, el cacique buscó nuevos tratos para su gente. En el lado opuesto, el Cuseraí «comprado» por los hacendados vecinos acabó atacando haciendas y misiones por igual. No es el lugar aquí para tratar de esta agencia indígena, sobre la que remito, entre otros a Pifarré, Francisco, *Los Guaraní...*, cit.; Saignes, Thierry, *Ava y Karai...*, cit.; Combès, Isabelle, *Etno-historias...*, cit.; Combès, Isabelle, *Hijos...* cit.

el respeto de todas las clases de la sociedad».¹²⁹ El «harto depravado» Manuel Gómez bautizó sus fortines Milagro, San Juan o San José, y pidió a los franciscanos construir una iglesia en Taringuiti y otra en Carandaití.¹³⁰ A lo largo del siglo, los criollos de Caiza, Yacuiba o Itiyuru reclamaron la presencia franciscana, un párroco permanente, la construcción de iglesias. Cuando los franciscanos de Potosí fundaron «doctrinas entre fieles» (es decir, no indígenas), los criollos tomaron parte activa de los trabajos, se alegraron y recibieron con amor y devoción a su sacerdote.¹³¹ Quien hojea el *Boletín Antoniano* encuentra múltiples aportes de los criollos de la frontera a la obra pía del Pan de San Antonio. Esta innegable devoción nos ayuda a situar el antagonismo entre misioneros y colonos en su verdadero plano. Si los encendidos discursos de Campos, publicados en 1888 y ampliamente difundidos, fueron retomados por los testigos de Salustio Lema, fue porque eran convenientes en una lucha que era primero por la mano de obra indígena y la posesión de tierras. Los colonos se pelearon contra las misiones como contra un competidor más, un vecino que acaparaba tierras y mano de obra y que, al menos hasta finales del siglo XIX, gozaba de ventajas otorgadas por el Estado. La dimensión económica de la misión, excelentemente estudiada por Erick Langer, es la clave que explica acuerdos y desacuerdos entre partes, la que movió toda la conquista y la colonización de la frontera.¹³² Al igual que para los indígenas que simplemente buscaban la misión como un seguro medio de protección, su dimensión religiosa fue, paradójicamente, la gran ausente de esta historia. No es la menor de las ambigüedades de la frontera chaqueña.

Agradecimientos

Agradezco a Alberto Guzmán T., Erick Langer, Diego Oliva, Alberto Preci, Judith Terán y Diego Villar por su ayuda en reunir la información que sustenta este artículo. Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación I+D+i, Ref. PID2019-103879GB-I00 financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España.

Referencias bibliográficas

Anales, «Anales de este Colegio Franciscano de Tarija desde el año 1879 [1879-1905]», en Calzavari, Lorenzo (ed.), *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936*, t. VI, Tarija, Centro Eclesial de Documentación, 2006, pp. 1235-1484.

129. Weddell, Hugues A, *Viaje...*, cit., p. 122.

130. AFT, 2-1471, oficio de los vecinos de Carandaití al P. Guardián del convento de Tarija, Carandaití, septiembre de 1901.

131. Ver por ejemplo los relatos de Martarelli, Angélico y Bernardino de Nino, *El Colegio...*, cit., o de Gianecchini, Doroteo, *Historia natural...*, cit.

132. Langer, Erick, *Expecting Pears...*, cit.

- Calzavarini, Lorenzo (ed.), *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija, 1606-1936*, Tarija, Centro Eclesial de Documentación, 2006.
- Campos, Daniel, *De Tarija a la Asunción. Expedición boliviana de 1883*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1888.
- Chavarría, Melchor, *Informe que presenta al Señor Ministro de Gobierno, el Delegado en las provincias de Tomina, Azero y Cordillera*, Sucre, tip. del Cruzado, 1892.
- Combès, Isabelle, *Etno-historias del Isoso. Chané y chiriguano en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX)*, La Paz, IFEA/PIEB, 2005.
- , «¿Indios y Blancos? Hacer (etno)historia en las tierras bajas de Bolivia», *Boletín Americanista*, n.º 60, Barcelona, 2010, pp. 15-32.
- , *Kuruyuki*, Cochabamba, Itinerarios, 2014.
- , ¿Quién mató a Crevaux? Un asesinato en el Pilcomayo en 1882, Santa Cruz, El País, 2017.
- , *El Delegado y sus caciques. Leoadio Trigo en el Chaco boliviano (1904-1909)*, Cochabamba, Itinerarios, 2019a.
- , *Hijos del Pilcomayo. Los últimos tobas de Bolivia*, Cochabamba, Itinerarios, 2019b.
- Córdoba, Lorena, «Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero boliviano», *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 101, n.º 2, París, 2015, pp. 173-202.
- Corrado, Alejandro, «Continuación de la historia del Colegio Franciscano de Tarija», en Comajunco, Antonio y Alejandro Corrado, *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio*, Quaracchi, Colegio de San Buenaventura, 1884, pp. 279-503.
- Corvera, Mariano de Jesús, *Salustio Lema ante la opinión pública*, Sucre, imp. Sucre, 1899.
- García Jordán, Pilar, *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientales en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, Lima, IFEA/IEP, 2001.
- , *Relatos del proyecto civilizatorio en Guarayos*, La Paz, IFEA/Plural, 2019.
- Giannecchini, Doroteo, *Diario de la expedición exploradora boliviana al Alto Paraguay de 1886-1887*, Asís, Tip. de la Porciúncula, 1896.
- , *Historia natural, etnografía, geografía, lingüística del Chaco boliviano [1898]*, Tarija, FIS/Centro Eclesial de Documentación, 1996.
- , «Relación de lo obrado por los Padres misioneros del colegio de Tarija en las dos expediciones fluvial y terrestre al Pilcomayo del año de 1882 [1883]», en Calzavarini, Lorenzo (ed.), *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936, t. V*, Tarija, Centro Eclesial de Documentación, 2006, pp. 625-666.
- Groff Greever, Janet, *José Ballivián y el oriente boliviano*, La Paz, Siglo Ltda, 1987.
- Guía de fuentes franciscanas, *Guía de fuentes franciscanas en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*, Sucre, Provincia misionera de San Antonio, 1994.
- Jofré, Manuel Othon, «De San Francisco a Crevaux. Una noche entre los tobas», *Almanaque literario de El Trabajo*, Tarija, 1893, pp. 12-18.
- Langer, Erick, *Economic change and rural resistance in Southern Bolivia 1880-1930*, California, Stanford University Press, 1989.
- , *Expecting Pears from an Elm Tree. Franciscan Missions on the Chiriguano Frontier in the Heart of South America, 1830-1949*, Durham, Duke Press University, 2009.
- Langer, Erick y Zulema Bass Werner de Ruiz (eds.), *Historia de Tarija. Corpus documental t. V*, Tarija, Universidad autónoma «Juan Misael Saracho», 1988.

- Mandrini, Raúl y Carlos Paz (comps.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVI-XIX*, Tandil, CEHiR-UNS-IEHS, 2003.
- Martarelli, Angélico y Bernardino de Nino, *El Colegio franciscano de Potosí y sus misiones en el Chaco. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio* [1918], Cochabamba, Kipus, 2006.
- Paz Guillén José, *A través del Gran Chaco. Relación de viaje de la expedición militar boliviana en 1883*, Buenos Aires, Imprenta Jacobo, 1886.
- Paz, Luis, *Memoria de gobierno presentada al congreso nacional de 1895*, Sucre, El Cruzado, 1895.
- Pifarré, Francisco, *Los Guaraní-Chiriguano 2. Historia de un pueblo*, La Paz, CIPCA, 1989.
- Raña, Eulogio, «Informe del subprefecto de la provincia del Gran Chaco al prefecto de Tarija», en Ministerio de Hacienda de Bolivia, *Exploración del Gran Chaco de Bolivia. Documentos referentes*, La Paz, La Tribuna, 1882, pp. 44-45.
- Saignes, Thierry, *Ava y Karai. Ensayos sobre la historia chiriguano (siglos XVI-XX)*, La Paz, HISBOL, 1990.
- Salomon, Frank y Stuart Schwartz (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas t. 3*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Susnik, Branislava, *Chiriguano I. Dimensiones etnosociales*. Asunción: Museo etnográfico Andrés Barbero, 1968.
- Thouar, Arthur, *A través del Gran Chaco, 1883-1887* [1891], La Paz/Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1997.
- Trigo, Bernardo, *Las tejas de mi techo. Páginas de la historia de Tarija*, La Paz, Universo, 1939.
- Trigo, Leocadio, «El alto Pilcomayo. Informe oficial sobre las exploraciones bolivianas [1905]», en Combès, Isabelle, *El Delegado y sus caciques. Leocadio Trigo en el Chaco boliviano (1904-1909)*, Cochabamba, Itinerarios, 2019, pp. 55-80.
- Weddell, Hugues A., *Viaje en el sur de Bolivia (1845-1846)* [1851], Santa Cruz, El País/CIHA, 2018.
- White, Richard, *The Middle Ground. Indians, Empires and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

